

LA CONCIENCIA CRIOLLA EN SOR JUANA Y SIGÜENZA

Francisco LOPEZ CAMARA

EN EL SIGLO XVI MEXICANO, apenas comenzada la conquista del Nuevo Mundo y en medio del caos que reina en la estructura social, se apunta ya el surgimiento de diversas capas sociales que habrán de ir afirmando sus contornos con el pasar de los años, hasta adquirir su propia fisonomía. La descripción de ellas —que por cierto escapa a las finalidades de este ensayo— tendría que hacerse, por supuesto, tomando en cuenta las características de su situación político-económica, mejor que su condición racial.

Al lado de una nueva aristocracia, formada de peninsulares de reciente arribo, comienza a desarrollarse una segunda clase social, la criolla, que ya trata de balbucear por su cuenta, ambas montadas y sostenidas siempre sobre un populacho inmenso y borroso, cuyo mayor contingente es el de los indios. Las condiciones económicas en que se desenvuelven estos tres grupos de hombres no tardarán en producir un fuerte malestar social que irá creciendo día con día. Y no ha pasado aún un siglo desde el descubrimiento de América, y ya la Nueva España se ha convertido en un semillero de peligrosas discordias y agitaciones espirituales.

El botín logrado por los conquistadores es demasiado apetitoso para que, en cuanto se inician las reparticiones y las mercedes reales, no se disputen los privilegios a que creen tener derecho unos y otros. Claro que en la discusión no intervinen en absoluto los aborígenes americanos; nada tienen que ver éstos en la controversia que ha tomado el cariz de un verdadero pleito familiar. Acaso su único papel consiste en ser uno de los principales objetos de las divergencias entre los criollos y los peninsulares (“gachupines”, como empieza a llamarlos la antipatía que despiertan entre los americanos), que

son quienes llevan verdaderamente las voces activas en la disputa por el poderío económico. Mas, por cierto, son particularmente aquéllos los que mejor resienten la desventaja de su situación. De allí que pronto empiecen a buscar la manera de echar fuera de casa a los que les arrebatan el bocado heredado de sus abuelos, los audaces conquistadores. Ni más ni menos que una discusión entre legatarios.

Sólo que el poder del imperio español es demasiado abrumador para que los pobres criollos puedan lograr sus pretensiones. Con gesto amenazador la Corona española les hace entrar en razones, por las buenas o por las malas. Pero la resignación no es precisamente una virtud propia del criollo y, de manera declarada o clandestinamente, la idea del desquite no los abandona. No faltan ocasiones en que, abanderando a indios, negros y mestizos, intentan levantamientos en contra de sus adversarios; y aunque la suerte les es siempre adversa, estas experiencias le permiten al criollo darse cuenta del contenido volcánico que late en la muchedumbre expoliada, y de la facilidad con que se podría llevarla a la insurrección.

Cada vez más, pues, se siente ligado al pueblo autóctono, a su suerte, a sus desgracias, a su pasado y a su futuro; actitud movida siempre, en el fondo, por la intención de conspirar. A grado tal, que en las postrimerías del siglo xvi, cuando —azuzada por consejeros interesados— trata la Corona española de quitarles a los criollos sus encomiendas, arrecia tanto el malestar y el rencor entre éstos, que la Audiencia de México, sumamente asustada, pide se les respeten sus “derechos”, pues, según dice, los criollos, “viendo acabadas las encomiendas, en suma pobreza, y a otros que vinieron ayer con mucha riqueza, en la tierra que ayudaron a ganar sus pasados, haciendo balance de sus servicios, envidiosos del bien ajeno y lastimados del bien propio, podrían juntarse con mulatos, negros y otra gente perdida y intentar algún movimiento, y aunque parezca que no se puede temer esto en estos tiempos, no es malo prevenir para los que adelante pueden correr”.¹

El temor de la Audiencia no iba a quedar defraudado. Siglos más tarde, un puñado de criollos acabaría definitiva-

mente con la intolerable preponderancia política de los "gachupines".

A PESAR DE SUS CONTINUOS fracasos, los criollos no se conformaron con su situación. Si en el siglo XVI la violencia no era capaz de arrebatarle al peninsular sus privilegios, quedaba al fin y al cabo la posibilidad de disputárselos palmo a palmo, sordamente, aprovechando para ello toda clase de armas: desde la competencia económica hasta la destrucción ideológica. De este modo se preparará para la acometida final, esperando pacientemente el momento oportuno. Por lo pronto, ante la exigua fuerza de su partido, se concretará a pertrecharse sigilosamente tras el sosegado discurrir, entre medieval y renacentista, de la colonia novohispana, al mismo tiempo que irá afianzándose en la riqueza económica, y —gracias precisamente a ello— el deseo de emancipación política se irá haciendo más sólido y más urgente en el criollo inconforme.

Por otra parte, paralela a esa primera inquietud que lo agita, un fenómeno curioso empieza a inundar su sensibilidad exaltada: siente que poco a poco se le torna extraño el país de donde vinieron sus padres; parece como si repentinamente España se volviera ajena al mundo en que nació. A América, por el contrario, empieza a verla como su patria auténtica, a presentirla como su verdadera nación. Las cosas y los hombres de estas tierras suyas no le son ya indiferentes; de algún modo le pertenecen, le son familiares. Por ello, América es más comprensible para él que para el odiado "gachupín", que sólo vuelve a su país denigrándola con calumnias e insultos sobre su naturaleza. Mientras más encarnizados son los desprecios y las diatribas del europeo para con el Nuevo Mundo, más fuerte se hace el amor nacional en el criollo. Amor no sólo por los paisajes vírgenes y las riquezas desconocidas del terruño, sino también por los pueblos aborígenes, por sus costumbres y por su tierna mansedumbre. Grande es su admiración por el pasado magnífico y legendario del indígena. Pero más todavía le interesa éste desde que ha visto la posibilidad de convertirse en su redentor por encima de su postración y esclavitud. A partir de entonces, el criollo se adjudicará el

título de legítimo defensor del indio, frente a las denigraciones europeas. ¿Acaso no son copartícipes del mismo lugar de nacimiento, de los mismos derechos sobre el Nuevo Mundo, de las mismas desgracias y calumnias?

Una conciencia nueva se vuelca sobre América. Como un misterioso imán, lleno de poesía y de leyenda, el pasado de América, el fasto de su vieja cultura y su naturaleza maravillosa, absorben para sí el mundo espiritual del criollo novohispano. Sin embargo, no es una mera admiración estática que domina su sensibilidad, sino el nacimiento de una conciencia genuinamente nacional. -Porque todo eso que contempla entusiasmado es algo que ya considera como propio; es el país donde ha tenido su existencia. Por eso exalta las bondades de las cosas indianas y la mejor "disposición" de los hombres del Nuevo Continente. ¡Con cuánta razón no se dolería el criollo de que su patria colmase de riquezas y beneficios a los advenedizos de allende el océano, mientras que a él lo tenía empobrecido! Como en aquella octava del siglo xvi, en la que el poeta criollo Terrazas reprochaba amargamente al Nuevo Mundo su ingratitud para con los suyos:

Madrastra nos has sido rigurosa,
y dulce madre pía a los extraños;
con ellos de tus bienes generosa,
con nosotros repartes de tus daños.
Ingrata patria, adiós, vive dichosa
con hijos adoptivos largos años,
que con tu disfavor fiero, importuno,
consumiendo nos vamos uno a uno.²

Lo anterior revela, a grandes rasgos, que ya desde el siglo xvi empieza a modelarse una mentalidad de típico estilo criollo que irá constituyendo paulatinamente una eficaz arma para presentar batalla al grupo rival: la *ideología* tras la que el criollo embozará y fortalecerá su propósito de arrebatarle el poder político al europeo. Veamos las condiciones sociales en que esta arma del criollo se desarrolla y el sentido que tiene para nuestra historia.

A pesar de la educación hispánica del criollo, la situación peculiar en que se sostiene hace que las ideas de la tradi-

ción se remodelen al llegar a él. Su actitud espiritual empieza a cobrar un tono distinto que en el peninsular. El oleaje que se produce con el choque de dos culturas tan disímiles como la española y la india tiene que repercutir necesariamente en el grupo colocado fatalmente en la intersección de ambas. Y aun cuando el criollo conserve en su estructura mental el canon del pensamiento español, no puede evitar —ni lo quiere hacer— que su repertorio de convicciones se modifique poco a poco de un modo notable.

El siglo xvi es una época de poca estabilidad social en la Nueva España. Por todas partes la sociedad se ve envuelta en un torbellino caótico que pone en relación permanente a los diversos estratos sociales que la integran, de lo cual resulta un constante confrontamiento de sus peculiares maneras de pensar. Las consecuencias de esta interrelación no se hacen esperar: aparecen en las conciencias algunas modificaciones que a la larga traerán serias repercusiones políticas. Sin embargo, el fenómeno mental tiene manifestaciones muy distintas en cada una de las capas sociales que se han visto absorbidas por el torbellino. La más dominante, la aristocracia peninsular de nueva formación, es la que resulta mejor parada; su seguridad económica y su expresión en un sólido pensamiento, acaba imponiéndose por fin a las otras, que no tienen la fuerza necesaria para resistir su influencia y preponderancia. De tal modo, que cuando la situación empieza a normalizarse en el siglo xvii, muy pocas alteraciones han padecido sus concepciones mentales. Por ello su visión española de América permanecerá casi la misma a lo largo de la Colonia.

Otra cosa sucede con los demás grupos sociales. Entre los criollos, que ya empiezan a constituir su propio estrato social, y las demás capas inferiores, el contacto produce cambios más notables. La relación entre ellos es más íntima, más permeable a las corrientes espirituales. La debilidad del criollo por un lado, y por otro la contraposición de sus intereses con las del europeo, favorecen en el criollo la predisposición para admitir algunos módulos mentales nuevos, sacados tanto del propio peculio como del mundo aborigen. Una de las con-

secuencias más notables del fenómeno es esa actitud de acercamiento hacia lo americano que entonces comienza a mover al criollo.

Por ello, desde el siglo xvi el criollo se define con un perfil específico cuyas consecuencias no se harán sentir hasta pasados algunos siglos de colonialismo. El estudio del desarrollo de tal perfil hasta sus manifestaciones decisivas del siglo xix, implica, desde luego, el análisis de sus fundamentos condicionantes y el curso histórico de su formación. Varios son los factores preponderantes en la génesis de la ideología criolla. En primer término, la particular situación económica y política de su clase social, sin la cual carecería de sentido su papel histórico, colocan al criollo en un trance ineludible: quitarle al europeo, por todos los medios posibles, el monopolio político que tiene en la Nueva España.

Esta necesidad se hará tanto más perentoria cuanto mejor se vaya asegurando la centralización del poder en manos de un núcleo reducido de peninsulares. El proceso dialéctico de la conquista y colonización del Nuevo Mundo, ya de suyo implicaba necesariamente la causa central de sus propios conflictos sociales. Las mismas exigencias políticas de la España imperialista del siglo xvi llevaban ya la propia negación de su obra. La dependencia —y, por tanto, la explotación— del Nuevo Continente sólo podía asegurarla España entregando a hijos nativos de sus propias tierras el predominio político de las instituciones básicas del Nuevo Continente. Ellos eran la mejor garantía de la sujeción de América. De otro modo, pronto los naturales intentarían emanciparse de ella, si por desgracia llegaban a apoderarse del manejo del gobierno indiano.

He aquí cómo contestaba uno de los más inteligentes representantes de esta idea colonialista a los criollos que se quejaban por la exclusión de que eran objeto cuando se trataba de los mejores puestos de la administración: "Si en los empleos de primer orden, en los tribunales y en las iglesias principales ha interpolado [el gobierno español] ... los hijos de la metrópoli con los hijos del país, ha sido *por la razón política de conservar las provincias, pues de otra suerte, la*

inclinación natural [de los criollos] *a la independencia les daría ocasión a separarse, aun con perjuicio suyo y con su propia ruina.*"³

Por supuesto, los peninsulares aprovechan esta situación privilegiada para hacerse fácilmente de grandes fortunas, a costa siempre de los intereses criollos, con lo cual las disputas y el resentimiento en los perjudicados van en aumento. Pero, por otra parte, esta preponderancia en el terreno económico era necesaria a la Corona española para conservar sus colonias. El resultado de todo es que los criollos muy pronto se pronuncian adversos al tutelaje español y subterráneamente comienzan a acariciar la idea de la independencia. La conspiración de Martín Cortés es una buena prueba de tales pretensiones. La justificación de esta inquietud hará surgir una confusa e incipiente idea de la Nación americana, y por todas partes se desarrollará un sentimiento nacionalista que anuncia graves resultados. Su primera manifestación será la de sacar a América de la ignominia en que la han colocado las corrientes más importantes del pensamiento europeo de la época, una reivindicación del Nuevo Continente ante los ojos de todo el mundo, especialmente los de Europa, que sólo han visto en ella un rico filón que explotar.

La presión de los peninsulares sobre los criollos empuja cada vez más a éstos hacia los pueblos autóctonos, que parecen estar dispuestos a aliarse con ellos en la disputa con el extraño. De allí la simpatía del criollo por el indio, de allí que lo considere compañero de infortunios y vejámenes. Fácilmente el tema del indio se convierte en asunto primordial del pensamiento criollo. A cada buena oportunidad, éste le recuerda al indígena su miserable situación y le indica sin descanso cuál es el verdadero causante de sus desdichas. Se interesa por su pasado para enaltecerlo ante Europa, que vio en él sólo un mundo tenebroso caído en las garras de Satanás. Le habla de la comunidad de intereses de todos los indios, opuestos siempre a los del advenedizo. Apenas renace la tesis europea acerca de la inferioridad del indio, de su irracionalidad o barbarie, allí está el criollo presto a refutarla con los viejos códices en la mano y el ejemplo majestuoso de sus

antiguos héroes y monarcas. Tal es el criollo americano que surge a la escena colonial en los albores del nuevo siglo.

EN EL SIGLO XVII, el estado social en la Nueva España es más asentado. Poco a poco ha ido desapareciendo la extraordinaria movilidad entre las clases sociales que se observó en la centuria anterior, como si ya empezara a sentirse la fatiga de un intenso trajinar. Aparentemente se han acabado los resentimientos, y no se oyen ya las viejas discusiones acerca de la servidumbre natural y la irracionalidad de los indios, que tanto acaloraron a un Palacios Rubio y a un Bartolomé de las Casas, a un Bernardino de Mesa, un Ginés de Sepúlveda y un Julián Garcés. Sin embargo, el marasmo del siglo xvii es únicamente la apariencia de un mundo que desgarrar sus propias entrañas.

Así es, efectivamente. La estabilidad del siglo xvii, resultado natural de la consolidación definitiva de los estratos sociales, significa también, por ello mismo, la transformación táctica de la lucha entre los dos partidos. Ahora, el europeo que ha logrado obtener finalmente las mejores ventajas en el reparto del botín, se siente bastante satisfecho de lo que tiene y sólo se preocupa por conservarlo. El criollo, por su parte, parece que ha advertido que tiene buenas oportunidades para lograr lo que se propone, y ha abandonado las antiguas reyertas escandalosas; su lucha es más paciente y silenciosa. Tratará de arrebatarle sus bienes al "gachupín" paulatinamente, sin que éste apenas se dé cuenta. Además, la sosegada tranquilidad le permitirá desarrollar la ideología que ya despuntaba en el siglo anterior. Para ello le sobrará tiempo y no le faltarán "ideólogos" brillantes.

No otro será el papel histórico de nuestros dos personajes, don Carlos de Sigüenza y Góngora y la monja jerónima Juana de Asbaje, que además de ser "hombres de su tiempo" son auténticos representantes de su clase. Ambos nos asombran por su erudición científica y por sus dotes literarias, por su amor a México y por su espíritu moderno. Pero quizá su mayor importancia para nosotros consista en haber sido la expresión más acabada de casi dos siglos de "criollismo" en

marcha, y los inauguradores de la etapa final —desde el punto de vista ideológico— del coloniaje europeo.

Lo “criollo” en ellos será precisamente eso: el sentido peculiar con que su vida y su obra pueden subsumirse, asimilarse a la historia política, espiritual y, principalmente, social del grupo criollo de la Colonia. Pero lo “criollo” en ellos no será sólo la mera actitud nacionalista y patriótica que adoptan, sino el modo como se revela y expresa el mundo autóctono, la realidad americana, y la significación que cobra a través de su pensamiento. Eso es precisamente lo importante en ellos: el trasfondo real del mundo histórico que se empieza a manifestar, que adquiere “conciencia” en términos de objetivaciones ideológicas de altos vuelos y de importantísimas consecuencias en todos los órdenes de nuestra historia.

Como típicos hombres de su clase social, Sor Juana y Sigüenza responderán necesariamente a las preocupaciones que hemos visto aparecer paulatinamente desde el siglo xvi. En primer término, el interés creciente del criollo por las cosas del Nuevo Continente alcanza en Sigüenza proporciones de verdadera actitud política consciente. No sólo le entusiasman las bellezas de su patria —que no se cansa de alabar en toda oportunidad que se le presenta—, sino particularmente le conmueve la historia y la cultura de los viejos pueblos indios. Una profunda simpatía por el pasado autóctono lo mueve a zambullirse entre antiguos códices y manuscritos para reconstruir y dar a conocer el esplendor de lo americano. Amor por lo propio que barniza siempre sus investigaciones y escritos todos.

Sigüenza escribe, en efecto, alentado siempre por un confesado deseo patriótico de enaltecer —cuando no defender— a su país. Pero tal deseo no lo ciega como a otros coterráneos suyos que, para hacer resaltar las bondades de su patria, llegan hasta el grado de aceptar mitos y leyendas, fruto de una imaginación calenturienta, y, en ocasiones, hasta inventar “fábulas” que alteran lamentablemente el verdadero sentido de las cosas. “Estilo común —reprocha Sigüenza— ha sido de los *americanos* ingenios hermohear con mitológicas ideas de mentirosas fábulas las más de las portadas triunfales que se han

erigido para recibir a los Príncipes. No ignoro el motivo, y bien pudiera hacer juicio de sus aciertos...; ha sido porque entre de las sombras de las *fábulas* eruditas se divisan las luces de las verdades heroicas.”⁴ Para él no es necesario recurrir a la mentira para hablar de la majestad del suelo patrio; con apegarse solamente a la historia real, genuina, puede lograrse esa finalidad común. Y más que una urgencia histórica, es ello una obligación que impone la conciencia nacional. Es un imperativo patriótico. Sentencia, así, solemnemente, cuál habrá de ser su actitud cuando de exaltar a su país se trate: “El amor que se debe a la patria es causa de que, despreciando las fábulas, se haya buscado idea más plausible con que hermohear esta triunfal portada.”⁵

Este sentido nacionalista del pensamiento de Sigüenza adquiere mayor vigor cuando se pronuncia en defensa de América, objetivo que inspira su constante comparación de las bondades americanas con las de otros países, especialmente los europeos. En América, asegura el infatigable polemista, no sólo no se carece de todo aquello de que pudieran vanagloriarse los remotos países, sino que aun pueden encontrarse en ella las más extraordinarias maravillas, tan asombrosas o mejores que las que pudiera haber en otras regiones extrañas, principalmente por lo que se refiere a tradición histórica, a pasado grandioso, a riqueza vital en la creación cultural, en fin, a hechos indiscutibles y a posibilidades futuras. ¿Sería poca elocuencia de parte de la grandeza americana hablar, no ya de su fértil naturaleza, sino de su existencia precortesiana, legendaria y ejemplar, realizada en la vida de sus pueblos y de sus príncipes heroicos, valientes y magníficos? Las solas virtudes de éstos bastarían por sí mismas para mostrar la riqueza moral de los pueblos que gobernaban y que bien podrían servir de ejemplo a príncipes de otros reinos, sin necesidad de ir, como tantos, a buscarlas en las glorias de viejos pueblos europeos. El hecho de haber calificado de “salvajes” a los habitantes de la América prehispánica, no niega su alta calidad espiritual. “Y claro está —exclama— que si era el intento proponer para la imitación ejemplares, era agraviar a su patria mendigar extranjeros héroes de quie-

nes aprendiesen los romanos a ejercitar las virtudes, y más cuando sobran preceptos para asentar la política aun entre las gentes que se reputaban por bárbaras. No se echan menos, en parte alguna, cuantas excelencias fuesen en otras de su naturaleza estimables.”⁶

Pero Sigüenza no se contenta con exaltar la reciedumbre histórica del pasado precolombino y su autonomía en la historia universal, sino que también le “preocupa” grandemente la realidad viva de ese pueblo postrado y escarnecido que tanta fortaleza espiritual había demostrado antaño. No sólo defiende la historia de su país; no se resigna únicamente a lanzar lamentos y loas nostálgicas a sus tiempos pasados; como buen criollo, no pierde de vista la existencia efectiva de tantos miles de aborígenes agobiados por el peso de la derrota. ¡Triste drama de un pueblo caído en la desesperación y el opróbio por haber osado interponerse entre el conquistador y su propia libertad! Los indios, escribe Sigüenza, son “gente arrancada de sus pueblos, por ser los más extraños de su provincia; gente despedazada por defender su patria, y hecha pedazos por su pobreza; pueblo terrible en el sufrir y después del cual no se hallará otro tan paciente en el padecer; gente que siempre aguarda el remedio de sus miserias y siempre se halla pisada de todos...”⁷ Pero si grande es su piedad para la situación de los indígenas, no menos es su orgullo por los de su clase, por sus cualidades humanas y por sus notables talentos. Para ellos siempre son sus mejores alabanzas. Y tanto más cuanto que se trata de enseñarle a Europa las prendas suatuosas que adornan a los “americanos”, a los criollos, por ejemplo cuando halla la ocasión de hablar de su gran amiga y compañera de inquietudes, Sor Juana, quien, según él, puede reunir en su persona todas las virtudes de las mujeres que ha consagrado la historia. “Prescindir quisiera —dice refiriéndose a la poetisa— del aprecio con que la miro, de la veneración que con sus obras granjea, para manifestar al mundo cuánto es lo que atesora su capacidad en la enciclopedia y universalidad de sus letras, para que supiera él que en un solo individuo goza México lo que en siglos anteriores reparieron las Gracias a cuantas doctas mujeres son el asombro

venerable de las historias.”⁸ Y es que con ella comparte Sigüenza no sólo las preocupaciones y los conocimientos científicos de su época, sino especialmente el contenido nacional de todos sus afectos.

También la monja se ampara siempre bajo el signo de la patria y es a ésta a quien dedica sus mejores desvelos. Grande es su orgullo por haber nacido en el Nuevo Mundo, en esta “América ufana”, como suele decir. Se siente partícipe de la realidad americana, fuertemente vinculada con ella. Así le dice a la Duquesa de Aveyro:

Que yo, señora, nací
en la América abundante,
compatriota del oro,
paisana de los metales;
adonde el común sustento
se da casi tan de balde,
que en ninguna parte más
se ostenta la tierra madre.⁹

Su amor a México se extiende a todo lo que su suelo soporta. Hombre y paisaje parécenle haber recogido una buena parte de la bendición divina. Mundo maravilloso es esta América cuyo solo ser rebasa desde sus orígenes las cosas de las tierras ajenas. Todo en ella augura una prosperidad y una magnificencia jamás alcanzadas por otros países; como si América estuviera llamada a ponerse a la cabeza de todos los continentes. Por ello Sor Juana se empeña en afirmar su fe en los destinos de su patria. Como cuando nos habla del capitán Pedro Velázquez de la Cadena, varón ilustre y coterráneo suyo:

A vos, honor de Occidente,
de la América el prodigio,
la corona de la patria,
de la nación el asilo,
por quien América ufana
de Asia marchita los lirios,
de África quita las palmas,
de Europa el laurel invicto.¹⁰

Pero más interesante que su gran devoción por la patria, es su actitud ante Europa y ante los grupos oprimidos de la

Nueva España. No hay en ella ese exagerado empeño —por otra parte, típico del criollo— que se advierte en Sigüenza, de hacer ver al Viejo Mundo que en América hay también grandes cosas, quizá mejores que las suyas. Con menos conciencia política, pero con más conciencia social, Sor Juana está más cerca aún que el ex jesuíta de los pueblos explotados y maltrechos. Mejor que una satisfacción por las bellezas naturales del mundo novohispano, hay en Sor Juana una clara idea del verdadero sentido que tiene la presencia de Europa en América. No fue únicamente la caridad lo que impulsó a Europa a conquistar las tierras vírgenes de América, sino también un apetito voraz de extraerle la riqueza a sus vetas y de sojuzgar en explotación permanente a los naturales del país. Por eso no se conforma Sor Juana con cantarle alabanzas a su patria; por detrás de su orgullo nacional se esconde siempre un reproche a la voracidad europea y al carácter discriminatorio del trato que da a los pueblos esclavos. Así escribe, refiriéndose a las grandes riquezas de América:

Europa mejor lo diga,
pues ha tanto que, insaciable,
de sus abundantes venas
desangra los minerales;
y cuántos el dulce Lotos
de sus riquezas les hace
olvidar las propias vidas,
despreciar los propios lares.¹¹

A Sor Juana le duelen las vejaciones de que son víctimas indios y negros por igual. Sus padecimientos, su explotación constante, la afrenta que significa la confinación en que se les tiene, el desprecio con que el blanco mira a los seres de piel más oscura que la suya, hacen sentir a la monja jerónima el mundo de dolor en que se debaten esos pueblos miserables bajo la fuerza del que se considera superior a ellos. Por eso nunca tiene frases hirientes para los desposeídos; no los denigra como tantos otros, que sólo ven en ellos el demonio y la barbarie hechos carne morena. Jamás se trasluce entre sus palabras el más leve soplo de desprecio para estos hombres de vida dramática.

Esta preocupación por lo autóctono, que ella mira siempre aherrojado en las cadenas de la discriminación y la extorsión, produce en Sor Juana una visión confusa del mundo indiano. Es el drama de un pueblo grandioso que no pudo salvarse por su propia mano y que tuvo que caer postrado a los pies de su salvador. Una postración que le ha salvado el alma, pero no el derecho a vivir humanamente. Como si para salvarse hubiera tenido que renunciar a su propio ser. Su manumisión espiritual a cambio de su enajenación corporal: he ahí su terrible tragedia. Chocan en Sor Juana, por una parte, el dolor de ver la miseria de un pueblo noble, y que le hace reprochar la villanía del conquistador, y por otra, la justificación necesaria de la obra evangelizadora. Una contradicción que no acaba de comprender: este Occidente, "indio galán, con corona", como ella dice, ha tenido que trocar su esplendor, su cultura, sus tradiciones, su pasado y aun su libertad, por el evangelio de Cristo, por la buena nueva de la caridad y el amor; pero ¿qué amor y caridad son éstos que para imponerse necesitan convertirse en yugo, rapacidad y discriminación racial? Tal pregunta parece esbozarse tímidamente en Sor Juana. Como si un signo trágico corriese por debajo del destino de América, de esta "india bizarra, con mantos y huípiles".

El pueblo prehispánico vivía ciertamente sumergido en la idolatría, pero no era un pueblo pecador por maldad, sino por error. Sor Juana trata por eso de comprenderlo mejor que condenarlo. Si el aborígen creía calmar a sus dioses comiendo la carne humana y haciendo escurrir la sangre en los sacrificios, no era porque estuviera poseído del demonio, sino porque había equivocado el objeto de su idea religiosa. La ofrenda más digna de Dios no es el sacrificio humano, sino el de Cristo, y el alimento supremo tampoco es la carne del prójimo, sino la de Jesús sacramentado. Tal es el más serio reparo que puede hacerse a la religión indígena. Sólo error, equivocación, que no un pecado culpable y diabólico. Sor Juana cree en la educación del indio para hacerle volver a la verdad.¹² Sí, a través del Evangelio es como se logrará sacar al pueblo autóctono de sus arraigados vicios; pero ello no es

excusa para maniatar su débil cuerpo y explotarlo hasta la saciedad. Y la comprensión y piedad de Sor Juana por los indios (que más que piedad es deseo de justicia social) se extiende también al negro, en quien ve, mejor que en los demás grupos explotados, la víctima de los prejuicios raciales y de la voracidad del blanco.¹³

ESTE HONDO SENTIDO socializante del pensamiento de Sor Juana, unido a un profundo optimismo en cuanto a los destinos de su patria, es seguramente uno de los aspectos más importantes de su obra. En esto, puede decirse que la poetisa es la figura más auténticamente mexicana de su siglo. Más todavía que el propio Sigüenza y Góngora. En efecto, no obstante el marcado acento nacional de su pensamiento, no está Sigüenza tan vinculado a los verdaderos problemas de su país. A pesar del exaltado orgullo que tiene por su patria, a pesar de su simpatía por los padecimientos populares, hay siempre en él una actitud de recelo, de desconfianza —a veces hasta despectiva— hacia el populacho de su época. Admira la grandeza del pasado precortesiano y cultiva su interés por las antigüedades mexicanas, pero sólo movido por una curiosidad intelectual y un propósito que son comunes a los de su clase, que ya empieza a adquirir gran confianza en sí misma. El indio le interesa sólo por la cultura prodigiosa que pudo crear en el pasado, y ocasionalmente le preocupan sus problemas humanos; más que comprensión por éstos, es compasión por su suerte, como “se dolería cristianamente de las desgracias de cualquier otro grupo humano”.¹⁴ Se compadece de la miseria de los indios como otros tantos criollos de la Colonia. Uno era el azteca legendario, siempre atractivo para la acción de un gambusino de la historia que quiere aumentarle méritos a su “nación”, por la que siente un verdadero afecto, y otro muy distinto el indio vivo, famélico, miserable, que muy poco tenía que le interesase al erudito de su época. Sor Juana, por el contrario, está más cerca del indio vivo que del legendario. Más que su historia, le preocupaba su situación real; por ello no decayó jamás su amor al desdichado esclavo; y por ello también, nunca volvió Sigüenza a ocuparse de los indios después

de aquel levantamiento que tanto susto e irritación le produjo.¹⁵

No obstante, ambos personajes hablan un lenguaje que para nosotros tiene gran interés. Mi intención al ocuparme de la poetisa y del capellán remilgoso no ha sido en ningún momento quedarme únicamente en la narración de lo que sentían y pensaban por México, para repetir aquí mucho de lo que ya se ha dicho —principalmente por lo que toca a Sigüenza— en torno al aspecto mexicano en la obra de las dos figuras máximas del siglo xvii. Bastante estudiados han sido para que repita yo ahora lo que es del conocimiento común. Acaso me he detenido un poco más en Sor Juana, y eso sólo porque me ha parecido importante recalcar el modo como se expresa en ella la realidad americana. Mi idea es más amplia todavía. Pienso que únicamente puede aquilatarse adecuadamente —cosa que me parece no se ha hecho hasta hoy— el sentido de lo nacional que hay en Sor Juana y Sigüenza, si se les considera dentro del cuadro total de nuestra historia, al menos la colonial. Porque absurdo sería, a más de superfluo, contentarnos sólo con saber cómo y con cuánta intensidad “amaban” los dos a México. Quédese esta labor para los eruditos y los mexicanistas a todo trance.

Para mí, la importancia del ambiente nacionalista de las ideas y actitudes —éstas quizás más que aquellas— de Sor Juana y Sigüenza es doble. Por un lado, permiten la comprensión del grado histórico de una realidad objetiva cuya importancia es decisiva en cuanto que señala ya los futuros derroteros que habrá de tomar nuestra historia y el sentido que en ésta se reserva. Pero también Sigüenza y Sor Juana nos servirán para introducirnos en la significación de una conciencia que llenó de vida tres siglos de colonialismo, es decir, la conciencia “criolla”.

Dos SON, principalmente, las actitudes de Sor Juana y Sigüenza en torno a lo nacional. Por una parte, en ambos se advierte una exaltación de las cosas de su país frente a la pretendida superioridad europea. La presencia apabullante de Europa es la que hace reaccionar “patrióticamente” a los dos

criollos. Son la potencialidad económica de Europa y la fuerza de su cultura las que mueven en ellos esa preocupación por lo propio, en busca de aquello que pueda contraponerse al altivo europeo. De otro lado, revelan un notable interés (con las salvedades que mencioné antes) por la realidad americana, especialmente por los pueblos aborígenes. El uno va lleno de entusiasmo a su pasado con grandes anteojos de erudición y sapiencia, para regocijarse con la fuerza creadora que demuestra en defensa de América. La otra se acerca a sus heridas para poner en ellas un bálsamo y augurar al oprimido su futura reivindicación. Pero los dos siempre vigilantes de que no se difame al pueblo mexicano. Dos actitudes admirables para nosotros, pero muy comunes a la clase social a que pertenecen. Probablemente en ellos estas preocupaciones nacionalistas alcancen, en ciertos aspectos, un vigor que otros anteriores a ellos no han podido expresar; pero, de todos modos, no puede negarse que en gran parte sus inquietudes no son sino la manifestación acabada de un buen trecho de pensamiento criollo.

Ya hemos visto, en efecto, cómo desde el siglo xvi empieza a gestarse en el criollo un sentimiento de repulsa a todo lo europeo, al mismo tiempo que una simpatía cada vez mayor por las cosas y los hombres americanos. Aquel activo siglo trajo consigo un gran movimiento de los grupos sociales, los cuales sólo fueron adquiriendo su equilibrio y su carácter propios gracias a su estabilización económica. El fenómeno que se presenta en la mentalidad es bastante complejo, pero podría esquematizarse sociológicamente así: por un lado, la rapidez con que se definen económicamente los estratos sociales prepara mentalmente a los menos fuertes para padecer alteraciones en sus convicciones; en sus relaciones con criollos, mestizos e indios, el peninsular adquiere vertiginosamente más fuerza económica que éstos; asegura así su situación y su pensamiento se hace más firme en sus principios; se torna conservador y robustece sus ideas para sostenerse en sus privilegios.

No sucede lo mismo con el criollo, que es el que particularmente nos interesa. Su controversia económica con el ad-

versario repercute inevitablemente en su manera de pensar. Empieza a dudar de aquello que le llega de España, sobre todo si se refiere directamente a su país de nacimiento. Si a todo eso se añade la gran movilidad vertical (para emplear la terminología de Mannheim) que se ha producido entre las diversas capas sociales, se comprende fácilmente cuánto se había diferenciado, no sólo económica, sino mentalmente, el criollo del peninsular. Su aversión al europeo y su simpatía por el natural no son otra cosa que los pilares de su futura ideología revolucionaria, que se perfila definitivamente en el siglo xvii. En este siglo se estratifican totalmente las clases sociales. A aquella movilidad vertical (esto es, a esos movimientos rápidos entre las distintas capas sociales en el sentido de descenso y ascenso sociales) que inundó el siglo anterior, sucede una movilidad horizontal en la que, a pesar de los cambios entre las capas, la estructura social se sostiene en sus bases. De ahí que no se produzcan alteraciones de importancia en el pensamiento de los varios grupos que conviven en la Nueva España. Sin embargo, esta situación estática favorece la definición de la conciencia criolla. Buen ejemplo de ello es el pensamiento de Sor Juana y Sigüenza. Con ellos la mentalidad criolla ha tomado gran fuerza y puede decirse que representan la primera manifestación de grandes alcances de la ideología de su clase, especialmente Sigüenza, cuyas características se han considerado siempre como antecedentes inmediatos de las que presentan los jesuitas innovadores del siglo xviii. Y ciertamente Sigüenza no sólo prepara a éstos en el conocimiento de la ciencia y la filosofía modernas, sino particularmente en el aspecto ideológico, puesto que es él quien inaugura la etapa colonial en la que el pensamiento criollo adquiere un carácter totalmente independentista.

Tanto los jesuitas del xviii como sus discípulos —que tanta importancia tuvieron en la preparación ideológica de la independencia de México— pertenecen a la misma tradición criolla que Sigüenza; continúan la línea ascendente de la eferescencia mental comenzada en el siglo xvi y orientada definitivamente en el xvii. Y en el terreno científico-filosófico, la modernidad que de ellos hereda Sigüenza tiene el mismo

sentido que en éste: vista en su conjunto, su sentido en la cultura criolla consiste en ser un arma más para preparar la caída del peninsular, tanto por sus resultados teóricos como por los prácticos. La modernidad desgaja mentalmente a la Colonia criolla de la peninsular, que se sostenía ideológicamente en la escolástica decadente del siglo xvii y en el principio de autoridad consecuente con ella. Asesta un golpe decisivo en el terreno mental a la España imperialista, que no encuentra más salida que acogerse nuevamente a las viejas tesis de la inferioridad del americano, aunque recubiertas ahora con un ropaje "ilustrado".

¿Y acaso no es la polémica de Sigüenza con el jesuita Kino la primera gran batalla ideológica que lanza la América criolla contra la Europa imperial? La réplica de Sigüenza al tirolés llegado recientemente de Europa, además de darnos a conocer la familiaridad que tenía nuestro capellán con la ciencia y la filosofía de su tiempo, es en el fondo una demostración, ante Europa, de la fuerza ideológica que empieza a adquirir la "nación criolla", como diría el mismo Sigüenza. Si éste se decide a contestar al europeo que pone en tela de juicio sus ideas y conocimientos científicos, es sólo porque ve, en cierta manera, un desprecio más que Europa hace a América, de la cual se considera obligado defensor.¹⁶

Lo propio ocurre con la modernidad e ilustración de los jesuitas del xviii. Para ellos también, la filosofía moderna opera como fuerza renovadora y nacionalista. Es, para América, una forma más de reivindicarse frente a una Europa que sostiene la idea de su inferioridad. Y cuando se dice Europa, puede entenderse, mejor que la otra Europa de allende el océano, la Europa española incrustada en el Nuevo Continente.

Ello, sin embargo, no es sino un aspecto —importante, pero parcial— de la secuencia ideológica de la Colonia, que sólo adquirirá significación plena el año de 1810, en el pueblo de Dolores. El repertorio de ideas que mueven a los insurgentes se halla contenido ya —en una forma u otra— en la tradición de la mentalidad criolla. La ideología de los primeros liberales independentistas no la improvisaron éstos de

la noche a la mañana, ni la importaron repentinamente de la Francia revolucionaria. La estructura mental de la Colonia se había emancipado ya suficientemente de sus viejos moldes tradicionales, y no tenía que ir a comprar ideas en el mercado europeo. Las ideas de la Ilustración francesa llegaron a México en las postrimerías del siglo xviii, pero no para iniciar una revolución que ya estaba hecha, sino para acelerar ideológicamente su consumación. Fueron recibidas en un momento en que hacía falta un argumento definitivo que rematara la decadencia de la Colonia. En fin, los ideales de la Revolución francesa hicieron su aparición en México por la misma razón que en Francia: por una necesidad histórica que ya era perentoria.

LA REVOLUCIÓN de la independencia mexicana comienza verdaderamente en el siglo xvi, adquiere "conciencia" y se anuncia en el xvii y empieza a realizarse en el xviii, cuando el grupo criollo tiene en su poder una buena parte de la riqueza económica y se siente capaz de sacar de su país al viejo adversario por las buenas o por las malas.

La conciencia criolla colonial es eminentemente una conciencia revolucionaria que va creciendo a medida que se agudiza la contradicción de los intereses puestos en juego durante el régimen colonial. No es ninguna casualidad que tres fenómenos históricos, aparentemente inconexos, como son las demandas políticas de los criollos, sus actitudes nacionalistas y su capacidad económica, se desarrollen con una intensidad paralela y vayan a confluir en la época de la independencia con la misma fuerza explosiva.¹⁷ La revolución de independencia no significa únicamente la liberación política de América, sino también su emancipación económica y mental con respecto a España. No fue tampoco una hazaña llevada a cabo por motivos populares, sino la obra exclusiva de un grupo social que desde su mismo nacimiento estaba destinado a realizarla. Su lucha por el dominio político es a la vez una lucha por su existencia económica, lucha que era el resultado evidente de las necesidades inherentes a la conquista del Nuevo Continente, al mismo tiempo que su propia negación dia-

léctica. Desde este punto de vista, la consolidación de la Conquista significó el principio de su destrucción.

La conciencia criolla es la expresión espiritual de este drama interno de la Colonia, y, en cuanto tal, su desarrollo, sus motivaciones y su sentido histórico manifiestan teóricamente lo que en la realidad estaba sucediendo: el desmoronamiento de un edificio cuyos cimientos habían sido construidos en falso. De la Conquista a la Independencia el proceso mental del criollo es el mismo, aunque en grados ascendentes, como también es uno solo su movimiento político frente a España. Y así como las disputas económicas de criollos y peninsulares pronto toman un carácter político en las demandas de aquéllos ante la Corona española, así también las fricciones políticas entre ambos partidos se traducen rápidamente en controversias ideológicas, que abarcan desde las viejas cuestiones antropológicas del siglo xvi sobre el hombre americano (que luego volverán a repetirse en el siglo xviii) hasta la idea providencialista de la revolución insurgente de 1810.¹⁸ El trasfondo afectivo de la polémica, sus síntomas irracionales y la medida de su intensidad, son sin duda alguna el desarrollo de la conciencia nacionalista del criollo, que, comenzando por un borroso sentimiento de antipatía hacia el "gachupín", acabará derribando a éste y a su repertorio de ideas imperialistas del siglo xvi. Sin que pretenda yo afirmar que Sor Juana y Sigüenza sean los iniciadores de la conciencia de la nacionalidad (privilegio que por su misma naturaleza no puede ser de ninguna persona individual), no podemos ignorar la importancia especial que tienen dentro del movimiento ideológico del criollo. Su obra significa el momento en que la conciencia criolla empieza a perfilarse en una dirección auténticamente revolucionaria. Con ellos se inicia el acto final del drama, en que el criollo se ha vuelto más agresivo en sus pretensiones políticas, más poderoso económicamente, más seguro de su situación social; es el momento en que el criollo ha roto con su herencia mental y se siente libre y optimista.¹⁹ En suma; con Sor Juana y Sigüenza el espíritu moderno y la ciencia nueva se deslizan en México, asestando un golpe decisivo a la Colonia escolástica y decadente, y preparando el

terreno a la ideología revolucionaria del enciclopedismo francés. A partir de entonces, el paso final no será difícil, aunque sí costoso, y una nueva conciencia saldrá triunfante de los estertores de la vieja batalla: la conciencia liberal.

NOTAS

¹ *Epistolario de la Nueva España*, t. 13, México, 1940, p. 244.

² Antonio CASTRO LEAL, *Poesías de Francisco de Terrazas*, México, 1941, p. 87.

³ Manuel ABAD Y QUEIPO, *Carta pastoral del Illmo. Señor Obispo Electo y Gobernador del Obispado de Michoacán*, Valladolid, 1812, en la *Col. de doc. para la historia de la Guerra de Independencia*, recop. por HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, t. 4, núm. 118, p. 480.

⁴ Carlos de SIGÜENZA Y GÓNGORA, *Obras*, con una biografía del autor por Francisco Pérez de Salazar, México, 1928, p. 13.

⁵ *Ibid.*, p. 12.

⁶ *Ibid.*, p. 17.

⁷ *Ibid.*, pp. 30-31.

⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁹ Sor Juana Inés DE LA CRUZ, *Poesías completas*, México, 1948, p. 344.

¹⁰ *Ibid.*, p. 224.

¹¹ *Ibid.*, p. 344.

¹² Véase el interesante estudio que sobre este aspecto del pensamiento de Sor Juana hace Ezequiel CHÁVEZ en su bello libro, *Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz*, Barcelona, 1931, cap. 21.

¹³ Cf. Ezequiel CHÁVEZ, *op. cit.*, cap. 21.

¹⁴ Germán POSADA, "Sigüenza y Góngora, historiador", *Revista de Historia de América*, núm. 28 (diciembre de 1949).

¹⁵ Ramón Iglesia creyó ver la terminación del sentido nacionalista de Sigüenza con ocasión del motín popular de 1692, después del cual decaer notablemente su interés por los estudios indigenistas. Cf. R. IGLESIA, "La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora", en *El hombre Colón y otros ensayos*, México, 1944, p. 143. La interpretación del profesor español, además de carecer de lógica histórica (véase la acertada opinión de Germán POSADA, art. cit., p. 383), no tiene importancia para el punto de vista que aquí sostengo. El aspecto social del pensamiento de Sigüenza, considerado en su significación histórica, nada tiene que ver con fechas limítrofes, ni con acontecimientos más o menos ocasionales.

¹⁶ Acerca de la "modernidad" en ambos personajes, cf. mi ensayo "El cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza y Góngora", publicado en la revista *Filosofía y Letras*, núm. 39 (julio-septiembre de 1950).

¹⁷ En un documento real, citado por Abad y Queipo en su explicación de las verdaderas causas de la revolución de independencia, se lee

esta frase: "En la violenta convulsión que ha sufrido la Monarquía por la invasión de los franceses, y turbación de las Américas, se ha introducido la discordia entre mis amados vasallos, como un efecto inevitable del choque de las pasiones y de la contradicción de intereses, opiniones y partidos..." (*Exposiciones hechas al Rey en enero de 1816 por el Illmo. señor Dr. M. Abad y Queipo, Obispo electo de Valladolid, con la minuta de Decreto que los acompaña*, México 1820). Las exigencias políticas y administrativas de los criollos venían repitiéndose desde el siglo xvi, cada vez con mayor intensidad y con amenazas más declaradas a la Corona española. En una Memoria de fines del siglo xvi en que se pedía fuesen preferidos los criollos en los mejores empleos, se afirmaba: "Y siendo como son todos los más [criollos] descendientes de los conquistadores, hombres virtuosos, de entendimiento y capacidad para administrar mayores y más graves cargos, triste cosa es ponerles solamente una vara en las manos y quitarles la administración y ejercicio de las causas de consideración; que demás de ser ellos muy dannificados, también es en mucho daño y perjuicio del real haber y en grande molestia, vejación y carga de los naturales, así por añadirse costas y salarios que se pudieran excusar, como porque [los peninsulares] no son personas inteligentes de sus causas y llevan más fin y propósito de aprovecharse, que del bien de la República..." (GÓMEZ DE CERVANTES, *Vida económica y social de la Nueva España en el siglo xvi*, pp. 91-92).

Y en el siglo xviii, un grupo de criollos, en representación de todos los de su clase, escribían a Carlos III: "Iguales razones a las que se consideran en la provisión de piezas eclesiásticas, urgen para que los empleos seculares de cualquier clase se confieran a los naturales. De ellas hablaremos en contrayendo estos generales principios a favor de los americanos, debiendo por ahora quedar sentado que la provisión de los naturales, con exclusión de los extraños, es una máxima apoyada por las leyes de todos los reynos, adoptada por todas las naciones, dictada por sencillos principios que forman la razón natural, e impresa en los corazones y voto de los hombres. Es un derecho que, si no podemos graduar de natural principio, es sin duda común de todas las gentes, y por eso de sacratísima observancia" (*Representación que hizo la ciudad de México al rey D. Carlos III en 1771 sobre que los criollos deben ser preferidos a los europeos en la distribución de empleos y beneficios de estos reinos*, reproducida en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *Col. de doc. para la hist. de la Indep.*, t. 1, núm. 195, p. 429).

¹⁸ Sobre el sentido nacionalista que el "guadalupanismo" revistió en la Colonia, y que tanta importancia tendría durante la guerra de independencia al imprimirle un carácter providencialista, Francisco de la Maza ha publicado un notable estudio (desgraciadamente, relativo sólo al siglo xvii) que causó gran alarma entre los guadalupanistas ultramontanos. Cf. F. DE LA MAZA, "Los evangelistas de Guadalupe y el nacionalismo mexicano", en *Cuadernos Americanos*, noviembre-diciembre de 1949.

¹⁹ Aquellos criollos que en 1771 casi pedían a Carlos III se les per-

mitiera emanciparse pacíficamente, decían de sí mismos: "...no somos bultos inútiles, sino hombres hábiles para cualquier empleo, aun de la primera graduación; que en nada nos aventajan los de el Mundo Antiguo; que no excede V.M. a los demás monarcas sólo en la vasta extensión de tierras, ni en el número de individuos que las habitan, sino en la copia de vasallos tan fieles, tan útiles, como los de que puede gloriarse el más culto estado del orbe. Conozca el mundo que somos los indianos aptos para el consejo, útiles para la guerra, diestros para el manejo de rentas, a propósito para el gobierno de las iglesias, de las plazas, de las provincias, y aun de toda la extensión de reynos enteros" (HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *op. cit.*, p. 439). El desarrollo del optimismo nacional en el siglo XVIII y primeros años del XIX ha sido estudiado en un certero ensayo por Luis GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, "El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México", en *Estudios de historiografía americana*, México, 1948.